

## DEL ANHELO UTÓPICO A LA UTOPIA POLÍTICA

María Teresa Cordero Salgado

Instituto de Educación Media Superior del Distrito Federal, México

tcorde@yahoo.com.mx

### Del anhelo utópico a la utopía política (Resumen)

La voz ‘utopía’ ha recorrido largos caminos antes de ser conceptualizada como algo potencialmente político. Apareció en el Renacimiento como género utópico hasta el siglo -XIX que sirvió como el calificativo idóneo utilizado por Marx y Engels para criticar al socialismo francés, por generar falsas ilusiones en la emergente clase trabajadora. Ya en pleno siglo XX, entre las Guerras Mundiales y la Caída del Muro de Berlín se retoma el término con una perspectiva crítica y fecunda, en medio del desencanto y el nihilismo.

La reflexión del presente trabajo consiste en abordar la dimensión anhelante y comunitaria de lo utópico y así contribuir a la discusión sobre cómo generar esperanzas colectivas. Sin utopías, sin sueños ni esperanzas, no queda más opción que vivir negando las potencialidades humanas, aunque esto no sea una alternativa para el ser humano, sino su negación.

**Palabras clave:** Anhelo utópico, género utópico, utopía, esperanza colectiva, polémica.

### From Utopian yearning to Political Utopia (Abstract)

The term “Utopia” has travelled a long way since the designation of a literary form, in its first use during the Renaissance, up to the more precise political use and meaning when Marx and Engels qualified as “utopian” the French Socialist Thought in the XIX century for misleading the emerging working class into false illusions.

During the XX century, after the two World Wars and the fall of the Berlin Wall, the term has been taken with a new meaning, in a fertile and critical perspective, amid the prevailing nihilism and disenchantment.

The reflections of this work approach the longing and communitarian dimensions of the utopian ideas, in order to contribute to de discussions about how to generate collective hopes. Without utopias, without dreams nor illusions there is no other way than negate human potentials. This last is nothing but a negation of humanity itself.

**Key words:** Utopian yearning, utopian gender, utopia, collective hopes, polemics.

En el siglo XX, una serie de acontecimientos estremecieron al mundo y los fundamentos de la modernidad comenzaron a resquebrajarse. Toda la esperanza puesta en la razón y el progreso se desmoronó, se dice que los sueños de la razón crearon sus propios monstruos. En este contexto la utopía volvió a ser un tema sumamente importante y polémico al interior de los discursos políticos y los debates filosóficos.

El reconstruir o rearmar la utopía, el argumentar acerca de lo que mueve al género humano a cobrar conciencia y querer transformar su entorno, se convirtió en una labor imprescindible para volver a las esperanzas perdidas.

La utopía como una forma de racionalización de tal anhelo y su recorrido histórico hasta adquirir su identidad contemporánea, se configura en obras literarias formando el género utópico; a través de la crítica y la polémica encuentra su lugar más combativo en la política que hay que recuperar con urgencia: la comunitaria.

Finalmente la utopía es una de las piedras angulares entre lo posible y su realización; el espacio que va generando la conquista de posibilidades para volverlas palpables; es el no-lugar que va llenando de conciencia, estructura y contenido un nuevo espacio, con su viaje crítico puede ser capaz de construir un mejor lugar.

## **Anhelo utópico: el soñar despierto de los seres colectivos**

La utopía, viaja y sufre mutaciones sin perder su impulso primordial: soñar, imaginar y transformar su entorno. Los anhelos están condicionados por todo un conjunto de valores, creencias y vivencias, de esta forma se traducen en imágenes e ideas; sin embargo, las solas imágenes no implican ninguna voluntad, movimiento o praxis, son sólo motivos que el ser humano en determinadas condiciones sabe trascender y recrear.

Para Ernst Bloch tanto los sueños diurnos como los nocturnos están promovidos por el deseo y el intento de realizarlo. La diferencia radica en que durante la ensoñación diurna se mantiene constante la conciencia del yo, y se representan las imágenes y las circunstancias de una vida deseada, una vida que se le antoja mejor, y las proyecta hacia el futuro.<sup>1</sup>

En este sentido la diferencia entre los seres humanos y los demás animales, consiste en que “el animal se relaciona con el objetivo en la forma de sus impulsos del momento, mientras que el hombre, además se lo imagina”<sup>2</sup>. Por esto es que el ser humano desea, por medio de imágenes que va creando a partir de lo que conoce, pero con fines hacia algo mejor como tendencia.

---

<sup>1</sup>Bloch, 1993, p.6

<sup>2</sup> Bloch, 2004, p.75

El deseo es un impulso con sentido, solamente desear una situación implica elección y avance activo hacia el ideal. De manera esquemática podemos sintetizar este proceso hacia la acción en el siguiente orden: impulso-deseo-querer-hacer.

Al tratar de responder qué es lo que mueve al género humano a cambiar su entorno, podemos afirmar que el único deseo no cambiante es el deseo de cambio, de desear lo inexistente, un deseo que ha movido y mueve al ser humano. Las ideas fincadas en anhelos e ideales se vuelven padecimiento, pasión, por lo que necesitan ser; las necesidades requieren satisfacción y es así como mueven a la acción.

Mucho se ha hablado de las pasiones y de su relación con la razón, en cada época se intenta explicar de qué forma operan unas con otras, se habla de dominio, de complicidad o de franca guerra. Ahora resulta más o menos aceptada la idea de que las pasiones dominan el mundo bajo la máscara de conceptos y términos, lo cual implica una cierta racionalidad de los deseos<sup>3</sup>. Por lo cual sería poco fructífero hablar del combate entre pasiones y razón:

“[...] lejos de la visión cartesiana que se funda en una oposición razón-pasiones, en la que finalmente la razón puede salir vencedora, la propuesta humeana sostiene que la razón colabora inevitablemente con las pasiones, y son más bien estas últimas las que entran en conflicto unas con otras<sup>4</sup>”

En un análisis actual de las pasiones no podemos dejar de lado el papel que desempeñan los medios de comunicación, al controlar de manera prácticamente hegemónica, los deseos e ilusiones de las masas. Lo cual nos coloca en una paradoja en la que resulta difícil entender desde dónde es que pueden surgir utopías transformadoras.

Al respecto el filósofo latinoamericanista, Horacio Cerutti recuerda el pasaje de una entrevista realizada a Herbert Marcuse en los años sesenta, que “representa el punto de la máxima lucidez y al mismo tiempo límite del pensamiento del ‘68”<sup>5</sup>.

¿De dónde saldrían los sujetos, con otras necesidades, para construir una sociedad alternativa, siendo que la sociedad determina absolutamente las necesidades de los sujetos que la forman?

Marcuse respondió: “Tengo la impresión de que usted me invita a reconocer un círculo vicioso en mi argumentación: que la sociedad determina necesidades, que necesitamos sujetos con nuevas necesidades para transformar la sociedad y no sabemos de dónde van a salir, porque no pueden ser asociales o extrahistóricos. No sé cómo se puede salir de ese círculo<sup>6</sup>”

Evidenciar el círculo sería la lucidez, el no saber cómo desencadenar su ruptura su límite histórico. Así funciona socialmente la manipulación, convertir la ideología hegemónica en la cultura general o ‘sentido común’, tal como lo afirma Atilio Borón:

---

<sup>3</sup> Cfr. La pasión como afección del ánimo ha sido objeto de examen por parte de autores antiguos, medievales y modernos; su definición ha dependido no sólo de factores psicológicos sino morales. Diccionario filosófico J. Ferrater Mora, tomo III, 2001, p. 2714

<sup>4</sup> Di Castro, 2002, p. 31.

<sup>5</sup> Cerutti, 2003, p. 31

<sup>6</sup> Cerutti, 2003 p. 31

“La creación de un ‘sentido común’ neoliberal, de una nueva sensibilidad y de una nueva mentalidad [...] han penetrado muy profundamente en el suelo de las creencias populares. Esto no ha sido obra del azar sino el resultado de un proyecto tendiente a ‘manufacturar un consenso’, para utilizar la feliz expresión de Noam Chomsky, y para lo cual se han destinado recursos multimillonarios y toda la tecnología mass-mediática de nuestro tiempo a los efectos de producir un duradero lavado de cerebro que permita la aplicación aceiteada<sup>7</sup>”

En este sentido retomamos la reflexión gramsciana, de que toda opresión genera una resistencia, y por más que el capitalismo consiga ganarse las mentes y los corazones de los oprimidos, penetrando en los hábitos más inconscientes, llenándonos de creencias y necesidades creadas –el ‘aparente’ círculo vicioso de Marcuse– existe siempre un pequeño espacio para la resistencia contra las políticas promovidas por los capitalistas.

La historia demuestra el poder de la resistencia consciente, ya que, en el ser humano parece prevalecer una actitud de lucha y combatividad; si no, ¿para qué repetir mil veces al día la dominación por todos los medios? Siempre subyacen, de algún modo, la sospecha y la dignidad. Por más control que exista, siempre queda espacio para la construcción de una contra-hegemonía; por ello, resulta notable que el anhelo utópico genere ideas esperanzadoras y a contracorriente.

## **Apuntes antropológicos**

Cuando comenzamos a pensar qué es lo más propiamente humano, nos enfrentamos con una serie de respuestas: el lenguaje, la razón, la cultura, la organización, el trabajo, todo nos remite a lo social, a lo político, a lo comunitario. A estas características podríamos sumarles otras no tan positivas: agresividad, egoísmo, competencia, propiedad privada; es aquí que la balanza se tambalea, la jerarquía entre ellas es más que simplemente un problema de valores. Mientras algunos rasgos predominan, otros se pierden. Así, el ser humano ha ido conformando su historia entre el progreso y la destrucción, la comunidad y el aislamiento, la guerra y la paz, siempre eligiendo por omisión o convicción.

En este sentido, hemos generado una práctica de transformación de la naturaleza como fuente de objetos útiles, necesarios para la vida cotidiana en sociedad; esta *praxis* ha derivado en el cambio de condiciones tanto para el mundo natural como para los individuos, y por ende, las sociedades. De todo esto derivan las múltiples posibilidades de los seres humanos y sus apuestas más fecundas ante la vida: las decisiones con sus respectivos riesgos y una increíble sed de pragmatismo. Esta tendencia al cambio logra el desarrollo máximo de la creatividad y habilidad, moviendo la imaginación y la voluntad en distintas direcciones.

Entre estas posibilidades, destacan por su renovada regularidad y consecuencias prácticas, aquéllas que se acercan al bien común por encima del individual. No sólo por tener un alcance de mayores proporciones cuantitativas –lo cual tiene su propia lógica– sino porque nos remiten a una definición de lo humano como ser social y político, y de esta forma, desvinculan al egoísmo como nuestra esencia, teoría liberal en boga desde el siglo XVII, que tiene como uno de sus teóricos principales a Adam Smith, quién enfatiza que la ayuda que necesitamos de los demás tiene como base el interés personal.

---

<sup>7</sup> Borón, 22 de agosto de 2001

El anhelo utópico, impulso irracional que se conforma mediante ideales moviéndose a la acción, es un elemento fundamental de la transformación humana; también se encuentra en lo más esencial de un ser, cuya existencia consiste en concebirse como un ‘ser social’, un ‘animal político’: el *zoom politikon*. Ya desde los cimientos de la filosofía occidental, Aristóteles en su *Ética Nicomáquea* nos habla de lo hermoso y divino que es alcanzar el bien para el pueblo y las ciudades:

“[...] aunque sea el mismo el bien del individuo y el de la ciudad, es evidente que es mucho más grande y más perfecto alcanzar y salvaguardar el de la ciudad, porque procurar el bien de una persona es algo deseable, pero es más hermoso y divino conseguirlo para un pueblo y para ciudades<sup>8</sup>”

En este sentido, buscar el bien común no es sólo una virtud ética, sino que corresponde a una condición ontológica del individuo en sociedad. Esto, tiene que ver con la idea de Marx esbozada por Alba Rico de que el ser humano “no solamente es un animal social sino un animal que sólo puede individualizarse en la sociedad”. Para individualizarnos debemos reconocernos y diferenciarnos respecto al otro, reconocer al otro, ser animales sociales.

Para desmontar la idea neoliberal de que su vía es la única posible para el desarrollo y progreso de la historia mundial, habría que remontarnos a las primeras organizaciones y de ahí comprender que no hay únicas vías, sino una pluralidad de ellas y generalmente radican en la libertad, en una serie de opciones a desarrollar.

Dentro de las teorías que describen la transición del mundo nómada al sedentario, se mencionan dos tendencias inherentes a la condición humana: la cooperación por un lado, y la competencia entre individuos por el otro. Entre estas teorías se encuentra la del científico inglés Desmond Morris, quien nos advierte en *El zoo humano*, sobre los desvaríos y atrocidades que el hombre practica en una sociedad condenada a la autodestrucción:

“Con la pérdida del modelo tribal persona-a-persona, el péndulo competitivo-cooperativo empezó a oscilar peligrosamente de un lado a otro y no ha dejado de hacerlo, nocivamente desde entonces. El que los miembros subordinados de las supertribus se convirtieran en multitudes impersonales ha sido la causa de que las oscilaciones más violentas del péndulo se hayan producido hacia el lado dominante, competitivo<sup>9</sup>”

Así damos cuenta del predominio actual de la competencia entre individuos. Al parecer es una constante –no sólo teórica– diferenciar entre lo cooperativo y lo competitivo, tiene su base en la oscilación perenne por la sobrevivencia, es prácticamente instintiva, ¿animales o humanos? Tan sólo animales humanos.

## **Transformación y colectividad**

Para adentrarnos en el anhelo desde otra perspectiva, retomaremos algunos apuntes literarios en torno al asunto. En su cuento *Veintiséis y una*, Máximo Gorki<sup>10</sup>, narra una tendencia natural del ser humano por transformar sus condiciones, por imaginar que las cosas pueden ser distintas y

---

<sup>8</sup> Aristóteles, 1994, p. 131.

<sup>9</sup> Morris, 2004, p. 20

<sup>10</sup> Gorki, 1984

muchas veces, deberían ser distintas: “La vida del hombre es penosa y torturante cuando en torno nada cambia y, si eso no mata del todo su alma, cuanto más vive tanto más angustiada es para él, la inmovilidad que le rodea”. En este ‘poder’ subyace una posibilidad que nos invita a imaginar realidades alternativas, a generarnos diversas esperanzas de cambiar nuestras condiciones actuales. Como hemos mencionado, este anhelo ha movilizad o históricamente a los seres humanos y ha sido motor de diversos proyectos, experimentos e incluso realizaciones. Su registro ancestral ha acompañado al ser humano en la búsqueda por una comunidad fraterna e ideal; esta expectativa se ve claramente en la metáfora de Melvin J. Lasky acerca de lo que denomina anhelo utópico:

“[la fraternidad de las hormigas en la búsqueda de] una pequeña rama verde en la cual estaba escrito el mensaje que podría destruir toda la maldad en los hombres, y proporcionarles un bienestar universal, para dar cuenta de las cualidades que siempre han formado parte de este antiquísimo anhelo utópico: amplio humanismo, generoso ímpetu y noble visión<sup>11</sup>”

Lasky retoma simbólicamente esta conclusión acerca de los componentes del anhelo utópico desde una anécdota conmovedora y entrañable para comprender la ontología de lo utópico: cuenta que en la obra de Tolstoi existe la historia de una rama verde enterrada cerca del camino, al borde de una cañada en el bosque de Zakaz. Cuando era niño, su hermano le dijo que en la rama verde estaba escrito el mayor de todos los secretos; a saber, la manera en que todos los hombres serían felices. Cómo un día no habría más enfermedades, ni más problemas, nadie se enojaría con los demás, todos se amarían unos a otros. Tolstoi creyó toda la vida en este mensaje: *destruir toda maldad en los hombres y proporcionarles un bienestar universal*. Al no encontrar el mensaje mágico de la rama verde, creó comunas y así, al menos compartió de manera fraterna el anhelo que lo guiaría toda la vida. Al morir pidió ser enterrado en la cañada<sup>12</sup>.

Este anhelo se ha materializado en el transcurso del tiempo en obras literarias, movimientos sociales y proyectos políticos. La reflexión sobre ello nos lleva directo a encontrar una maravilla, un problema y una esperanza. La maravilla es la fraternidad, la solidaridad, el mundo compartido y todos los valores humanos desarrollados entorno; el problema es la escasa trascendencia del anhelo: haberse quedado generalmente en intención, no trascenderla, y la esperanza radica en consolidarla y resignificar su valor para luchar y convertirlo en acto, en realidad.

## **Discurso utópico: de sus cimientos como género al discurso político radical**

La utopía es un fenómeno social de todas las épocas, encarna nuestros sueños irredentos; sintetiza, por un lado, un contenido de fundamento antropológico y anhelante; por el otro, un signo lingüístico anclado en el espíritu burgués del Renacimiento, y por ser creación histórica resulta perfectible, exige siempre una nueva definición.

Por la diversidad de sus contenidos no se puede generalizar la definición de la utopía. Son muchos los autores que a través de la historia, parten de la idea de “ningún lugar” como inherente al término; sin embargo, debido a la confusión y vaguedad que ronda al tema, es importante retomar la construcción conceptual del término, sin perder de vista sus componentes principales.

---

<sup>11</sup> Lasky, 1985, p. 19

<sup>12</sup> Cfr. Lasky, p. 19.

Horacio Cerutti, organiza “de modo breve, riguroso y accesible, los principales aspectos que conviene tomar en consideración para un tratamiento teóricamente fecundo de la utopía”<sup>13</sup>. Distingue la utopía en tres niveles: el primero, como adjetivo ‘descalificativo’, el sentido peyorativo de lo quimérico, fantástico e irreal. El segundo, que remite a un género entre literario y político, que al criticar el orden existente y proponer una ciudad o sociedad perfecta, se acerca en alguna medida a la posibilidad, al menos en el mundo conceptual; y por último, el tercer nivel “se refiere a lo utópico operando y operante históricamente. Es la utopía vivida, más que la utopía pensada o exclusivamente escrita”<sup>14</sup>. Este tercer nivel resulta particularmente importante para nuestro análisis, ya que remite a la dimensión utópica de la razón humana y se relaciona con la realidad histórica.

Es aquí donde los planteamientos convencionales acerca de la utopía –como un algo imposible– se revierten y a partir de un horizonte de valores determinados, del conocimiento pleno de la realidad a transformar, genera esperanza y mueve a la praxis, posibilitando lo imposible. De tal modo que podríamos decir que utopía es todo aquel anhelo por hacer posible lo imposible.

El discurso utópico se ha convertido en una forma creativa de reflexión, su voz renacentista *Outopus*, fue un término claro para los humanistas del siglo XVI, a quienes les gustó jugar con esos nombres forjados sobre el griego. Tomás Moro emplea el nombre de Utopía para llamar a su *isla feliz* unas décadas después del descubrimiento del Nuevo Mundo y que en poco tiempo se convirtió en campo de cultivo de nuevos mitos, modelos y planteamientos acerca del presente o del futuro. Mientras en el país de Moro, la tolerancia religiosa de los *utopianos* es una de las principales contraposiciones frente al desgarramiento espiritual de Occidente, poco a poco se irán develando las grandes injusticias y desigualdades que ejercen las diferentes órdenes religiosas que van llegando a América contra los nativos del ‘Nuevo Mundo’.

Cargado de valores semánticos, el término nos permite encontrar variantes afines: *Eutopía* (*eu* = bien), *Oudepotopía* (*oudépoté* = nunca), *Distopía* (*dys* = malo) y más tarde, *Upotopía* (*oupo* = aún-no). Según Jean Servier:

La idea de Tomás Moro no se refería a un *eu-topos*, a *un país feliz*, sino, como él mismo escribiera a Erasmo, a una *u-topía*, es decir, en latín *Nusquam*, *país de ninguna parte*, ya que juzgaba improbable la existencia de un Estado tan perfecto<sup>15</sup>.

El valor de la obra de Moro consiste precisamente en la revaloración de las utopías populares que fueron secuestradas por los sacerdotes de la Edad Media, sirviéndose de esos sueños que manifestaban el deseo de libertad, justicia e igualdad de la gente para convertirlo en instrumentos de control y adoctrinamiento. Es pues, este rescate y resurgimiento de la utopía, un efecto colateral a la falta de libertad de expresión, al oscurantismo que dominó la Edad Media.

Es probable que Moro, jugando con la etimología griega, quisiera expresar con “u-topía” los dos significados que pueden atribuírsele: “lugar que no puede localizarse en ninguna parte” y “lugar

---

<sup>13</sup> Cerutti, 1996, p. 93.

<sup>14</sup> Cerutti, 1996, p. 95.

<sup>15</sup> Servier, 1995, p. 7

donde existe el bien” o, “donde puede existir el bien”, si nos atenemos a una ordenación social justa y razonable. Irrealidad y posibilidad son dos aspectos que confieren al término una especial ambivalencia y parte esencial de su marcha por la historia.

En efecto, con demasiada frecuencia el término de utopía ha servido, sirve de desván en que los autores amontonan, al capricho de su imaginación, hechos sociales tan dispares como los movimientos milenaristas, los proyectos políticos más diversos, siempre que tiendan a modificar la sociedad o a mejorarla, o grupos comunitarios, comunidades inconsistentes, que siguen las más diversas y dispares orientaciones<sup>16</sup>.

Por otro lado, de la traducción inglesa de 1555 se desprenden además –con bastante éxito- dos nuevos adjetivos: el de “utópico” y el de “utopista”. El primero, se refería –y se refiere– a todo aquello con carácter de imposible y el segundo que califica a toda aquella persona que construye sueños, ideales, proyectos utópicos. De aquel juego renacentista también se derivan la gama de intercambios del vocablo como lo son las utopías negativas y las contrautopías actuales. Más allá de su potencialidad semántica, al ser un concepto histórico, también ha sido modificado según sus adeptos o sus contrarios. Como el mismo Servier menciona, mientras para Víctor Hugo “La utopía es la verdad del mañana”, Lamartine expresaba: “Las utopías son sólo verdades prematuras”<sup>17</sup>, pero en todos los casos, podemos encontrar un acuerdo, una característica esencial común: su realización futura.

En palabras de Sánchez Vázquez, esta realización futura consiste en una crítica a lo actual y la apertura a una sociedad basada en valores distintos a los vigentes, lo cual convierte a la a la noción de utopía en subversiva:

“La utopía se hace necesaria cuando no se acepta lo que es y, por tanto, se hace necesario trascenderlo. Al poner en cuestión lo real -la sociedad, el poder, sus valores e instituciones- y abrir un espacio ideal, irreal o futuro, la utopía es subversiva. Subvierte lo real y abre una ventana a lo posible<sup>18</sup>”

Ontológicamente, la utopía es una idea, una presencia ausente, lo inubicable que facilita nuestra ubicación. Para Hopenhayn, la utopía posee, por definición, un carácter de imposibilidad, sin embargo consideramos que el no tener un espacio geográfico (o empírico) no impide generar espacios políticos, sociales o personales alternativos que vayan recreando una posibilidad propia, real y concreta<sup>19</sup>.

Ya que la utopía comienza por decir NO a una serie de elementos perniciosos o negativos de nuestro entorno, niega ciertos aspectos de la realidad y recrea un espacio alterno, adquiriendo de esta manera un aspecto positivo; según Ferrater Mora:

“La utopía representa una corrección e integración ideal de una situación política, social o religiosa existente. Esta corrección puede permanecer, como ha ocurrido y ocurre a menudo, en el estado de simple aspiración o sueño genérico, disolviéndose en una especie de evasión de la realidad vivida. Pero puede también suceder que la utopía resulte una fuerza de transformación de la realidad en acto y adquiera

---

<sup>16</sup> Servier, 1995, p. 8

<sup>17</sup> Servier, 1995, p. 14

<sup>18</sup> Sánchez Vázquez, 2000, p. 263.

<sup>19</sup> Hopenhayn, abril 1987, p. 3-10.



bastante cuerpo y consistencia para transformarse en auténtica voluntad innovadora y encontrar los medios de la innovación<sup>20</sup>”

Así, la utopía remite siempre al futuro desde la aceptación y construcción en el presente; una realidad siempre perfectible pero que depende de nuestros sueños, expectativas y anhelos para transformar la historia. Es decir, es la relación de lo ideal con lo real y no la simple descripción de un modelo de idealización del mundo. Es esa tensión latente en lo que consiste la utopía: una crítica a lo existente, una construcción de ideas con un horizonte valorativo, una posibilidad de realización, el poder humano de construir su historia y de darle sentido. Cuando la utopía deja de criticar se convierte en adecuación a la realidad y pierde uno de sus elementos constitutivos. Respecto a la metáfora del horizonte, Horacio Cerutti aclara:

“[...] se refiere a algo hacia lo que se camina pero nunca se alcanza ... en el momento mismo en que se dice que el horizonte utópico se alcanzó, se congela o se paraliza el proceso histórico, y hay que analizar qué sectores sociales se benefician con la idea de que ya se llegó<sup>21</sup>”

Finalmente, es legítimo preguntar: ¿por qué siendo un término tan complicado y controvertido, retomararlo una y otra vez; por qué no llamarlo tan sólo proyecto político, socialismo científico, lo factible o lo posible y tantos otros nombres más? ¿Por qué seguir reivindicando un término polisémico, polémico, nada claro ni distinto? ¿Por qué no inventar otro nuevo o acuñar alguno de los anteriores? Para responder todas estas cuestiones, deberíamos detenernos en los elementos constitutivos del término y su concepto, los cuales siguen siendo creativos. Además:

“[...] si la utopía ha sido, y seguirá siendo, el motor del afán de progreso y de cambio que caracteriza la historia del mundo occidental, y no una simple quimera sin consecuencias, entonces su creador, el utopista deja de ser un soñador, un iluso, un hombre totalmente alejado de la realidad, un loco, un fanático, para convertirse en el crítico certero de los males de la sociedad imperante y el agente de las futuras transformaciones del mundo<sup>22</sup>”

En el Renacimiento la voz utopía era una parte o la totalidad de alguna obra literaria o el impulso de algún proyecto revolucionario desde donde se podrían rastrear las fuentes del pensamiento utópico, los sueños:

“Sueños de un mundo mejor de quienes, en su mayoría, no sabían escribir y que pocas veces encontraron un vocero letrado; sin embargo, sin ellos y sin la fuerza de su esperanza inspiradora pocas utopías se hubieran escrito<sup>23</sup>”

En la mayoría de los utopistas se encuentra una fe en las capacidades de la razón y de la voluntad humana tales que el mecanismo principal (aunque no siempre exclusivo) para lograr la

---

<sup>20</sup> Abbagnano, 1987, p. 1179.

<sup>21</sup> Cerutti, 2003, p. 19

<sup>22</sup> Nettlau, 1991, p. 11

<sup>23</sup> Véase Esteban Krotz acerca de la importancia de la utopía en los proyectos y esperanzas de los campesinos medievales, en el capítulo Las utopías populares y la guerra campesina de su libro *Utopía*, México, Editorial Edicol, 1980, p. 25.

transformación del mundo es el convencimiento, por no decir ‘contagio’: el modelo realizado a modo de anticipo haría evidente la bondad del nuevo orden propuesto.<sup>24</sup>

En el siglo XIX, con el surgimiento de las Ciencias Sociales, los utopistas deben cambiar su estrategia, dejar de hacer novela política. En pleno reinado del positivismo:

“[...] el pensamiento utópico como forma de análisis social había concluido con su función histórica [...] la proyección científica se combina con el anuncio de un mañana mejor y donde la praxis científica forma parte de una estrategia más amplia para una transformación social que quiere realizar los sueños utópicos populares milenarios<sup>25</sup>”

En ese mismo siglo XIX, y desde otro ángulo, se escuchaban voces críticas: poéticas y filosóficas, advirtiendo la deshumanización subyacente de la idea de ‘progreso’. Comenzaban las implicaciones entre el triunfo del positivismo y el avance del nihilismo; dejando un tremendo vacío y desconcierto en el ambiente ya que la razón instrumental podría excluir de su discurso –y aun de su consideración– todo lo que no fuera claramente explicable en su origen, medible en su extensión, previsible en su funcionamiento y expresable mediante un sistema de fórmulas racionales. Pero aunque no sepamos explicarlo ni medirlo, ni preverlo o controlarlo, existen el dolor y la enfermedad, el terror y la imaginación, el amor, la locura y la muerte, existen las esperanzas y los presentimientos, los sueños y los delirios, lo demoníaco y lo divino<sup>26</sup>.

El viejo presagio que anunciaba el advenimiento del nihilismo, tema preferido de filósofos y poetas malditos, comenzaba a ser una realidad para la época. Convendría recordar las palabras de Frederich Nietzsche, sin duda, uno de los máximos preconizadores de ese nihilismo que envuelve nuestra lamentable realidad actual, una parte incuestionable de nuestra fragmentada y superflua relación con el mundo:

“¿Qué ocurriría si en el (lo) bueno hubiese también un síntoma de retroceso, y asimismo de peligro, una seducción, un veneno, un narcótico, y que por causa de esto el presente viviese tal vez a costa del futuro?<sup>27</sup>”

Marx y Engels adecuaron una analogía entre las obras del género utópico, iniciadas por Tomás Moro, Bacon, Campanella, y las propuestas de los socialistas franceses. Para ello, usaron el calificativo ‘utópico’, llamando al tercer apartado del Manifiesto socialista: “El socialismo y el comunismo crítico-utópicos”. Por un lado, reconociendo la importancia y los elementos críticos de sus propuestas y por el otro, encontrando los límites por no encontrarse desarrollados ni la industria, ni el proletariado, los antagonismos de clase que apenas aparecen de manera vaga e incierta; de ahí que estas tesis tengan todavía un sentido puramente utópico. Aunque en la interpretación de Martin Buber, en el Manifiesto del Partido Comunista se impugnaba el ‘utopismo’ como:

“[...] un acto de política interior en la acepción más genuina de la palabra: la terminación victoriosa de la lucha que Marx, secundado por Engels, había sostenido inicialmente en la misma ‘Liga de los justos’ (que ahora se llamó ‘Liga de los comunistas’) contra las demás tendencias que se denominaban a sí mismas, o

---

<sup>24</sup> Krotz, 1980, p. 80

<sup>25</sup> Krotz, 1980, p. 87

<sup>26</sup> Cfr. Ospina, 2011, p.1

<sup>27</sup> Sánchez Pascual, 1983, p. 24

eran denominadas comunistas por otros. El concepto ‘utópico’ fue el último y más afilado dardo que se disparó en esa lucha<sup>28</sup>»

Para Marx y Engels, en el caso específico de los socialistas franceses, lo utópico implicaba la carencia de visión o falta de herramientas adecuadas para poder transformar la sociedad, aún cuando en un momento determinado la crítica utópica apareciera como revolucionaria, se estancó en sus límites.

En el siglo XX encontramos mejor delineada la relación: la utopía comienza en la literatura, pero si seguimos ese camino nos toparemos con distopías y antiutopías, incluso reaccionarias ante la transformación social; lo interesante es la otra vertiente que adquirió la utopía siguiendo la veta trazada por el marxismo, alejarse del género literario para trazar una crítica al capitalismo, teniendo siempre a la vanguardia las herramientas y el conocimiento necesario para la transformación social, siendo el máximo exponente de esta tendencia Ernst Bloch.

## **Pólemos como rostro de la utopía**

Como hemos visto la utopía es un concepto complejo. El contenido recoge anhelos e ideales muy antiguos y generalmente se concreta como el resultado de una intensa lucha política e ideológica entre los más disímiles puntos de vista, desde ilusorios y enigmáticos tratados literarios hasta arduas discusiones destinadas a intentar definir el futuro económico, político o social.

Tales polémicas terminan por exponer la definición y utilidad de la utopía, solamente que en el siglo XX su destino no podía escapar al de los demás conceptos, que forman parte de doctrinas y movimientos en direcciones distintas a las impuestas actualmente. Después de la proclama del “fin de las ideologías”<sup>29</sup>, se empezaron a extender múltiples certificados de defunción:

[...] de la historia, de la modernidad, del socialismo y, por último, este fin de los fines que vendría a ser el “fin de la utopía” [...] ¿qué hay de verdad o de ideología –en su sentido restringido y peyorativo– en el “fin” que se proclama?<sup>30</sup>

Retomando lo tratado, detrás de la idea de negación de la utopía como proyección a futuro y apertura a la posibilidad, lo que hay es la intención de terminar con las amenazas de un sistema único amparado en sus triunfos productivos. Esto al parecer se envuelve en un marco totalmente ideológico, en el sentido de carecer de elementos concretos para destruir la fuerza y el impulso de lo utópico.

Del término griego ‘*pólemos*’ –la discordancia en el discurso, el enfrentamiento de posturas distintas– retomamos en nuestra habla cotidiana la derivación: ‘polémica’, como la evidencia de un conflicto discursivo, retórico o práctico; es decir, todo aquello que refleja los momentos más

---

<sup>28</sup> Buber, 1978, p.11

<sup>29</sup> A partir de los años sesenta, comienza toda una cruzada encabezada por Francis Fukuyama, en contra de los conceptos históricos que proclamó la izquierda, el socialismo, el anarquismo, etc.

<sup>30</sup> Sánchez Vázquez, 2000, p. 291.

críticos de un caso en el que se juegan tanto el valor como la pertinencia de algunos conceptos que van formando parte de un discurso.

Del mismo modo, polémica, en una de sus acepciones, implica alguna discordancia en cualquier discurso. En nuestro caso, el discurso en cuestión es la utopía; discurso que versa sobre los proyectos, la esperanza, los sueños y su realización –aunque también sobre desastres y desencantos. El concepto utopía hoy, se torna centro de una polémica y sirve de pretexto para entablar un diálogo filosófico y político, para sacar a la luz lo más profundo de nuestras ideologías, de nuestros conocimientos y creencias, es por esto que no debemos dejar de lado la crítica de la razón utópica.

Esta polémica forma parte de los discursos de la filosofía política, mismos que requieren una revisión histórica constante para delimitar y recrear cada momento en que se ha desvanecido ante los imperativos del realismo, dictados por la hegemonía de los menos sobre los más. En cuanto a su forma, utopía suele situarse en la historia afirmándose, negándose –y/o reinventándose– en otros términos: socialismo, principio esperanza, sociedad sin estado. Esto, parece ser, una mutación generada para no perder la potencia original de un concepto de contenido creativo y vigencia explicativa; un concepto que enuncie a un tiempo lo que aún no es, lo que no puede ser y aquello que podría llegar a ser, en un sentido de ‘lo posible’ y ‘lo deseable’.

Por estas ambivalencias, el término se ha mantenido vivo en las polémicas más actuales, siendo de una importancia de primer orden definir si podemos tener esperanza de un mundo mejor, si somos capaces de transformar la historia o si sólo han sido meras fantasías, necedad de hombres débiles, mera ignorancia; en palabras de E. M. Ciorán: “La idea misma de una ciudad ideal es un sufrimiento para la razón, una empresa que honra al corazón y desacredita al intelecto.”<sup>31</sup>

Este pensador rumano y prosista francés, explora los límites del escepticismo y nos indica que su única tarea es el desengaño, por lo que nos previene contra las ilusiones de nuestra participación en la historia y de manera particular, en el porvenir.

Haciendo una mezcla entre ensayo político y literatura, tanto anarquistas como socialistas trazaron una vertiente sumamente sugerente sobre cómo cambiar el rumbo de la historia, dando paso, de la crítica social a su teoría; aquí comienzan los cuestionamientos acerca de la naturaleza humana, lo antropológico y ontológico de nuestro propio ser.

Incluso algunas teorías revolucionarias como el materialismo histórico encontraron la voz utopía para elaborar una minuciosa crítica hacia proyectos histórico-políticos que resultaban ilusorios en algún sentido para la emancipación de la clase proletaria.

## **Momentos polémicos en el discurso utópico**

En la historia de la filosofía, se pueden encontrar con bastante frecuencia una serie de interpretaciones sobre la genealogía de términos y conceptos. El concepto utopía ha pasado, al

---

<sup>31</sup> Ciorán, 2003, p. 128.

menos históricamente, por tres polémicas fundamentales sobre las que se han edificado posturas con significados considerables, tanto para el mundo filosófico como para el de las luchas políticas y sociales, además de las muchas voces que le han dado una resignificación histórica.

A saber, estos tres momentos han sido: a) Marx y Engels en polémica contra los socialistas franceses; b) Karl Popper contra los marxistas de la posguerra (los denominados historicistas en sus propios términos); y por último, c) la revaloración crítica del término en el actual contexto de las luchas latinoamericanas frente al discurso hegemónico dentro de las academias; este último punto se sigue debatiendo en el campo de batalla de las ideas y cuyo desenlace no se ha definido aún. Solamente pararemos en las polémicas de Marx y Engels que ya mencionamos con anterioridad, como ejemplo de los alcances e importancia de la utopía en la historia política.

En el siglo XIX, Marx y Engels hicieron un deslinde con el socialismo francés –el socialismo de Saint-Simon, Owen y Fourier– sin dejar de reconocer su parte revolucionaria y crítica. Es importante entender esta polémica dentro del movimiento socialista-comunista de aquél tiempo. Para Martín Buber, el calificativo “utopista” pasó a ser el arma más fuerte en la lucha del marxismo contra el socialismo no marxista.

“Al principio, Marx y Engels llamaban utopistas a aquellos cuyas ideas habían precedido al decisivo desarrollo de la industria, al proletariado y a la lucha de clases y que no pudieron, por lo tanto, tener en cuenta estos factores; luego se aplicó el concepto sin distinción a todos aquellos que, según Marx y Engels, no querían, o no podían –o ni podían ni querían– tomar en cuenta esos factores<sup>32</sup>”

De alguna manera, en el discurso irónico marxista, las obras del género utópico, no reflejaban más que fantasías o ilusiones respecto al rechazo social de un tiempo de transición del feudalismo al capitalismo emergente; es por esto que retomaron el término como una forma astuta para calificar al socialismo reformista del siglo XIX. De esta manera, nació una concepción peyorativa de lo que implicaba utopía, el engaño frente a la ciencia, la verdad, al menos en el terreno de lo político.

La importancia del socialismo y el comunismo crítico- utópico se halla en razón inversa al desarrollo histórico. A medida que la lucha de clases se desarrolla y estructura, va perdiendo todo valor práctico y toda razón de ser teórica esta fantástica posición de superioridad con respecto a ella, esta manera fantástica de combatirla. Por eso, mientras que los autores de estos sistemas eran todavía, en muchos aspectos revolucionarios, sus discípulos acaban formando siempre sectas reaccionarias.<sup>33</sup>

Aunque debemos reconocer que existe una brecha importante entre los socialistas utópicos y la literatura utópica del siglo XVI, ya que además de criticar las condiciones de su tiempo, los primeros reconocen al sujeto histórico implicado: el trabajador. Más adelante comenzará la propuesta revolucionaria de los anarquistas. Sin embargo, Sánchez Vázquez nos explica:

---

<sup>32</sup> Buber, 1978, p. 15.

<sup>33</sup> Marx y Engels, 1988, p. 304.

“[...] por diversas razones: desmesura de los objetivos; desconocimiento de la realidad a transformar; debilidad o inmadurez de los sujetos histórico-sociales que pueden llevar a cabo la revolución, así como la inadecuación de los medios a que recurre, sus empeños por realizar su utopía terminan en un fracaso<sup>34</sup>”

Ante el inminente auge del capitalismo y la agudización de la lucha de clases surge la teoría marxista del materialismo histórico. Al constatar la gravedad de la explotación y la evidencia de la acumulación capitalista, Marx y Engels utilizan el mote ‘utopistas’, para atacar y descalificar todo proyecto político que no trate de manera seria el conocimiento y el origen de tal explotación, un análisis científico de las relaciones sociales de producción. El problema más delicado de las propuestas socialistas y anarquistas de la época, no sólo fue evidenciar la falta de herramientas y condiciones, sus fantásticas o desproporcionadas salidas, sino lograr llenar de ilusiones, prometer esperanzas y regalar paliativos a una clase que lo único que puede perder es la esperanza de romper sus cadenas y efectivamente romperlas.

Si esta esperanza fracasara, la cansada clase proletaria no tendría más alternativa que el desencanto, de ahí la preocupación por no errar en el diagnóstico, ni mucho menos en la propuesta de una nueva sociedad. La crítica a esta situación es por quedarse en las buenas intenciones, en la crítica moral. Por lo tanto, el utopismo es criticado no por su buena intención sino por su mala o nula realización, por su falta de efectividad. Por no trascender a lo verdaderamente importante: la realización. La crítica a los discípulos utopistas es por el estancamiento, el dogmatismo, la ignorancia de la situación y su contexto. Las promesas irrealizables pero nada inofensivas.<sup>35</sup>

De esta crítica decimonónica surge una nueva esperanza que motivó una serie de luchas desde el siglo XIX hasta nuestros días. Sin embargo, el marxismo retoma el anhelo utópico, a saber: fraternidad, solidaridad, comunitarismo; retoma la buena intención, pero pretende trascenderla dando armas reales y más cercanas a su realización: el conocimiento, la voluntad y la preparación. Aprender a construir el futuro. La pregunta: ¿es esta intención, la crítica del presente y las miras al futuro lo que hacen del marxismo una nueva utopía?

Actualmente algunos teóricos utilizan el término utopía de manera peyorativa, para descalificar todas las posturas y argumentos que carezcan de una realidad fáctica, demostrable y comprobable. Otros, como Fidel Castro lo utilizan en el sentido marxista: utópico, como punto de partida crítico, como un proceso necesario pero inacabado. Sin duda para Marx y Engels fue una primera crítica e impulso para la transformación del capitalismo, no obstante inconclusa por la falta de elementos conceptuales, y el escaso desarrollo del proletariado. Además el Manifiesto deja ver que la crítica principal era al dogmatismo de los discípulos que:

“Se aferran a las viejas concepciones de los maestros frente al desarrollo histórico del proletariado, que ha proseguido avante. De ahí en consecuencia que traten de embotar la lucha de clases y de paliar las

---

<sup>34</sup> Sánchez Vázquez, 2000, p. 295

<sup>35</sup> Marx y Engels ya pudieron mostrar que el riesgo mayor es el peor, perder la esperanza y con ello la voluntad de cambio.

contradicciones... y a fin de levantar estos castillos en el aire se ven obligados a apelar a la filantropía de los corazones y los bolsillos burgueses<sup>36</sup>»

Otra polémica relevante es una continuación de la primera, en el momento en que el término utopía es utilizado por Engels para caracterizar una postura burguesa, algo así como el paraíso de las buenas intenciones y la buena moral, que servía como una alternativa lastimosa a la tremenda explotación de los primeros capitalistas que no pretendían cambiar la estructura básica de dicha explotación. Para recordarnos que el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones, Engels señalaban que esa vía era un paliativo, un engaño fino y decidió sustituir el término y sus estrategias por otro que implicara la tendencia ilustrada de la época, tal vez para que no fuera tan sólo una buena intención, sino algo significativo, científico. Así surge una primera tendencia política del término: una descalificación a lo no estructural, a lo soñador para expresarlo en una palabra.

Esta postura los lleva a transformar no sólo el término, sino la intención de los viejos socialistas, y de aquí el tránsito del sueño al proyecto político-económico, sin advertir –tal vez– que esto también sería parte de la historia del concepto, el cual resurgiría de sus cenizas, entre los horrores del siglo XX. ¿Es entonces una continuidad o una ruptura? Ruptura frente a las ideas los primeros socialistas franceses que no estaban pensando en una revolución, sino en una reforma. Continuidad, pues recobran el anhelo y espíritu crítico en aras de la verdad y la justicia respecto a los perjuicios de la propiedad privada. ¿Nos encontramos realmente en un viaje de la ficción al mundo de las Ciencias Sociales? ¿Retoman Marx y Engels el concepto y abandonan el término?

En la actualidad existe una identificación entre el socialismo y la utopía, Marx y Engels a pesar de su crítica al género utópico como modelo político, nunca se deslindan de las características principales de la utopía política: como punto de partida, visión comunitaria de una sociedad sin clases, ni explotación que parte de crítica radical al capitalismo como su realidad histórica. La teoría práctica como movimiento y una voluntad de transformación que apuesta a la conciencia y al futuro.

El problema sin embargo, continuó latente: ¿cómo construir lo que no existe tan sólo con las formas existentes?

Si para transformar la realidad -como lo planteaba Marx– era necesario conocerla, reconstruirla como nunca antes había sido más que en nuestros sueños despiertos. Entonces, cómo llamar a aquello que no existe materialmente pero que vive de manera sublime en nuestra mente y nuestra imaginación: esa necesidad básica de esperar, de desear y de mover a nuestra voluntad y que en ciertas circunstancias logra materializarse.

Los postmarxistas - los cálidos- acuñaron otro significado, con una idea diferente a la que tenían Marx y Engels en el sentido de reivindicar la utopía. Los términos tienen su genealogía y su contenido se va modificando con el tiempo y entonces, Marx tendría razón en no querer este

---

<sup>36</sup> Por obvias razones es Engels quien tiene que tratar y polemizar con los discípulos de los socialistas utópicos, radicalizando más la postura.

término para motivar a la lucha por transformar la realidad por relacionarlo con lo fantástico, o marxistas como Bloch están proponiendo otra mirada del marxismo, menos dogmática y más creativa. Transformando el sentido peyorativo del término utópico de lo no realizable a lo aún no realizado, surge la esperanza y la posibilidad de un sí, pero sigue siendo utopía pues todavía no es.

## **Conclusión**

El tema de la utopía nos enseña que no se trata de transformar por transformar, este devenir requiere de una perspectiva, de una sensibilidad peculiar y exige el aspecto cognitivo y ontológico, también un sentido fundamentado en los valores de quien transforma y un compromiso ético y responsable desde y para lo comunitario.

La distancia que existe entre nuestros sueños, nuestros deseos y la realidad, generalmente es mucho más extensa y lenta que nuestros pasos factibles en el tiempo.

Siempre que nos planteamos los alcances y límites de ésta o aquella utopía, nos encontramos mediados por el problema de la posibilidad; y es, en este desafío, donde se puede localizar esta beligerancia entre la esperanza y el desencanto, sea tratando de encontrar alguna solución o simplemente, justificando la inmovilidad.

Los límites de lo posible, de la voluntad, de soñar, son un problema fundamentalmente ideológico. Y estos límites se constituyen como un obstáculo para la realización de que lo que “puede” ser, no se logre y se convierta en imposible. La ideología del vencedor es el arma más valiosa y efectiva en la historia de la dominación, la explotación y la violencia. Estas relaciones ideológicas tienen como consecuencia actitudes que tienden a perpetuarse en los que ostentan la victoria; sin embargo, es en la actitud de los vencidos donde se prolonga la represión, que por medios distintos reafirma la derrota y no da pie para rearmar la utopía.

Hablar de utopía es subversivo, es reafirmar el poder de transformación histórica del ser humano, es hablar de una filosofía del futuro. La relación entre los hechos que provienen del pasado y lo que radica en el futuro, deviene cada vez más incierto y contingente, por esta razón resulta valioso y pertinente examinar qué no hemos podido construir estando convencidos de que es necesario y posible y sobre todo cuáles han sido los obstáculos.

En el horizonte de la teoría utópica hablar del futuro no es un asunto teleológico, ni de profetismo. Es un asunto de preferencia y elección, es encontrar el futuro desde el presente, de algún modo tener la capacidad de elegir anteponiendo los cambios posibles que según nuestras perspectivas van a suceder o están sucediendo, y en función de su realización desde el presente podemos encontrar una estrategia adecuada y no simplemente resignarnos a nuestra triste suerte.

Hablar hoy de utopía es hablar de esperanzas y posibilidades pero también de sangrar viejas heridas en el intento. No es la utopía en sí lo que provoca estos pensamientos encontrados es su contenido concreto, lo que la determina como colectiva y de transformación social y; su estructura, exige por un lado una crítica radical al acontecer real, una propuesta que se derive de



la crítica y el trabajo real de los seres humanos de carne y hueso, dispuestos a crearla y luchar por ella.

Pero, qué es lo que hay que transformar: un mundo que hoy aparece como intransformable. Al menos es lo que nos han hecho creer. De esta forma, la utopía resulta obsoleta. Aunque desde los rincones escondidos de esa enseñanza surge la necesidad de ver más allá de la apariencia. Los seres humanos, los únicos con la posibilidad de transformar sus condiciones de vida, han abandonado este tipo de valores sustituyéndolo por la inmediatez, la banalidad y el utilitarismo y sobre todo el individualismo, situación adversa para la utopía si la consideramos desde su perspectiva ontológica como colectiva (los valores de la sociedad actual como el individualismo, nos alejan de otros valores como la solidaridad). Por lo cual, resulta insustituible repensar la idea de utopía como una idea colectiva, subversiva y revolucionaria que invita a una acción creativa e inteligente, donde la voluntad juega un papel innegable y hace partícipe al ser humano de su historia y de su destino.

Acerca de si la utopía es posible (Manheim) o no posible, si es simplemente un paliativo (Servier), o algo de poca imaginación y por lo tanto autoritario (Lasky); o si presenciamos su fin (Marcuse), si es deseable: logrará movilización, cambiará los valores, concientizará y ayudará a edificar una mejor sociedad. A la utopía hay que saber encontrarle límites y cadencia histórica entre teoría y praxis. La utopía actual de una vida verdaderamente humana sin explotación ni dominación de ningún tipo.

Bloch nos dice que el ser humano no puede vivir sin esperanza. Pero cuando ese esperar y esa esperanza son pensadas, creadas para un fin, es reconocer que el futuro vendrá, sucederá y más vale que tengamos que ver con ello, que el futuro triunfe con nosotros, con nuestros sueños – solidarios y compartidos, por supuesto– y no sobre nosotros, siendo siempre las posibilidades existentes en la historia.

## **Bibliografía**

ABBAGNANO, Niccola. *Diccionario de Filosofía*, México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

ARISTÓTELES, *Ética Nicomaquéa*. Libro I. Madrid, España: Editorial Gredos, 1994.

BLOCH, Ernst. *El principio esperanza (1)*, Editorial Trotta, Madrid, España, 2004.

BLOCH, Ernst. *La utopía como dimensión y horizonte de su pensamiento*, Suplementos 41, Barcelona: Anthropos, 1993. 192p

BORÓN, Atilio. Sobre mercados y utopías: La victoria ideológico cultural del neoliberalismo. *EcoPortal.net* [En línea], 22 de agosto de 2001 <http://www.rebellion.org/hemeroteca/izquierda/boron220801.htm> [14 de mayo de 2011]

BUBER, Martín. *Caminos de utopía*, México: Fondo de Cultura Económica, 1978.

CERUTTI GULDBERG, Horacio. *Ideología y pensamiento utópico y libertario en América Latina*, México: Universidad de la Ciudad de México, 2003.

CERUTTI GULDBERG, Horacio. ¿Teoría de la Utopía?, en AGÜERO, O. y CERUTTI, H. *Utopía y Nuestra América*. Quito: Colección Biblioteca Abya-Yala, 1996.

CIORÁN, E.M. *Historia y utopía*, España: Tusquets Editores, 2003.

DI CASTRO, Elisabetta, *La razón desencantada. Un acercamiento a la teoría de la elección racional*. México: Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Filosóficas, 2002.

KROTZ, Esteban. *Utopía*. México: Editorial Edicol, 1980.

FERRATER MORA, J. *Diccionario filosófico*, tomo III. Barcelona: Editorial Ariel, 2001.

FLORES OLEA, Víctor. La necesidad de la utopía. *Mundo del Siglo XXI*, 2009, no. 17, p.45-59

GORKI, Máximo. *Cuentos escogidos*, Moscú: Editorial Progreso, 1976.

HOPENHAYN, Martín. La utopía contra la crisis o como despertar de un largo insomnio. en *Serie Libros de la CEPAL. Santiago: Naciones Unidas, 1992, p.321-341*. Disponible en: [http://www.cepchile.cl/dms/archivo\\_1882\\_1160/rev33\\_hopenhayn.pdf](http://www.cepchile.cl/dms/archivo_1882_1160/rev33_hopenhayn.pdf). [18 de febrero de 2011]

OSPINA, William. Los Románticos y el futuro. Disponible en: <http://www.iztacala.unam.mx/errancia>. [9 de abril de 2011]

LASKY, Melvin. *Utopía y revolución*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.

MARX, Carlos y Federico Engels. Manifiesto del Partido Comunista. en *MARX y ENGELS. Los grandes fundamentos II*, México: Fondo de Cultura Económica, 1988.

MORRIS, Desmond, *El zoo humano*. México: Taurus, 2004.

NETTLAU, Max. Esbozo de historia de las utopías. en GÓMEZ, Luis y ALMUDENA, L. *Utopías libertarias americanas*, Madrid: Ediciones Tuero, 1991.

CHOMSKI, Noam. *Ilusiones necesarias. El control del pensamiento en las sociedades democráticas*. Barcelona: Paidós, 2006.

SÁNCHEZ PASCUAL, Andrés. Introducción, traducción y notas, en NIETZSCHE, Friedrich. *La genealogía de la moral*. México: Alianza Editorial, 1983.

SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo. *Entre la realidad y la utopía. Ensayos sobre política, moral y socialismo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México / Fondo de Cultura Económica, 2000.

SERVIER, Jean. *La Utopía*, México: Fondo de Cultura Económica, 1995.